



Madrid 28 de Febrero de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Los cuatro elementos, por don Juan Cuesta.—La máscara negra, por doña Angela Grassi.—Madrid en 1862, por Sara.—Las tres Hilanderas, por don José S. Biedma.—La Zorra y los Gansos.—Los buenos vecinos.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.

GRABADOS. La Máscara negra.—Entrada al Prado por la Carrera de San Gerónimo.

LICEO DE LOS NIÑOS.

VII.

LOS CUATRO ELEMENTOS.



AJO cuatro aspectos distintos se presentan á nuestra observacion todos los cuerpos de la naturaleza; bajo el aspecto sólido el líquido, el gaseoso ó aeriforme, y el imponderable ó incoercible.

Se llaman cuerpos sólidos todos aquellos que están dotados de una forma determinada, cualquiera que ella sea, y que son susceptibles de cogerse entre los de-

2.^a SÉRIE.—Tomo I.

dos. Se llaman líquidos aquellos que careciendo de figura propia toman la de la vasija ó receptáculo en que están contenidos, no siendo susceptibles de cogerse con las manos ni adoptar una forma determinada por la estremada movilidad de que están dotadas sus partículas. Son aeriformes ó gaseosos, los que como el aire no solo no tienen forma ni pueden retenerse entre los dedos, sino que son invisibles, impalpables, y tienden constantemente á difundirse por la atmósfera. Pero así los sólidos como los líquidos y aeriformes pueden sujetarse á peso y medida; mas no sucede lo mismo con los llamados incoercibles, pues estos ni tienen forma, ni color perceptible, ni se los puede sujetar á peso ni medida, razon por la

NÚM. 8.^o

cual han recibido el nombre de imponderables.

Al primer orden pertenecen la mayor parte de las cosas que nos rodean, como los muebles, instrumentos y todos los objetos de nuestro uso comun y frecuente. Al segundo el agua, la leche, el vino, etc., etc. Al tercero el aire, el vapor, los perfumes, los miasmas y todo género de gases; y al cuarto el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo.

Esta division, de suyo natural y sencilla, abraza sin embargo la creacion entera, pues no hay objeto, sustancia ni esencia alguna por tenue y delicada que sea, que no encuentre su sitio en uno de estos cuatro grupos en que hemos distribuido la materia de que está formado el universo.

Siendo, pues, el mundo un agregado de multitud de cuerpos y sustancias sólidas, líquidas, gaseosas é imponderables; no habiendo cosa alguna fuera de estas cuatro maneras de ser de la materia, es claro que todas ellas entran á constituir la naturaleza, y nada mas lógico que la teoría de los cuatro elementos.

El gran Aristóteles, cuya majestuosa figura se levanta de entre las tumbas de sus coetáneos y llega hasta nosotros en alas de su grande sabiduría, fué el primero que consideró al mundo compuesto de cuatro elementos, que hacen relacion perfecta á estas cuatro divisiones de la materia. La tierra, en la que comprendia todos los cuerpos sólidos; el agua, que abrazaba todos los líquidos; el aire, que está formado de todos los gases, y el fuego, en el que incluía el calor y la luz, y donde hubiera colocado la electricidad si hubiera sido conocida en su tiempo.

Esta doctrina de los cuatro elementos, se propagó por todas las escuelas, se aceptó en todas las universidades, y trasmitiéndose al pueblo, se hizo una verdad vulgar, que atravesó los siglos y llegó hasta nuestros días sin perder nada de su vigor primero, hasta que la química moderna descubriendo nuevos elementos en la composicion de todas las cosas, abandonó la teoría del sábio griego, no sin luchar antes con los partidarios de la doctrina antigua,

que llegaba á nosotros con todo el prestigio de una tradicion semi-divina.

Averiguado que la tierra no es una sustancia simple, sino que es un compuesto de muchas sustancias; averiguado que el agua y el aire son otros cuerpos compuestos de diferentes simples, que á nuestro antojo podemos separar y reunir, como si separásemos ó reuniéramos dos mitades de un cuerpo sólido, el número de los elementos constitutivos de aquellos se ha aumentado prodigiosamente y hecho creer que las sustancias que hoy se conocen como simples, dejarán de serlo mañana cuando los nuevos adelantos vayan descubriendo el modo de descomponerlas.

Sin embargo, por mas que la doctrina de Aristóteles desterrada ya de las escuelas, sea completamente inútil para la resolucion de muchas cuestiones, encierra aun interés bastante para ser aplicada con ventaja á la esplicacion de un sin número de fenómenos.

La tierra, considerada en conjunto; el mar, como mole imponente de majestad y grandeza; el aire y el fuego, como gérmenes de vida ó elementos irresistibles de destruccion y de muerte, ofrecen todavía al filósofo motivos de estudio, para los que son inútiles las especulaciones de la nueva ciencia; y bajo este punto de vista vamos á considerarlos en los cuatro artículos inmediatos de nuestro Liceo.

Los volcanes y terremotos, imponentes manifestaciones del poder que se oculta en las entrañas de la tierra; el flujo y reflujo del mar y el movimiento embravecido de las olas; el irresistible empuje del viento convertido en huracan impetuoso; la tempestad y el rayo, son y serán siempre fenómenos admirables, cuyo estudio no alcanza á tranquilizar el espíritu, ni permitirá olvidar de todo punto esa mágica doctrina de los cuatro elementos, que encierra para nosotros mucho de misterioso é indefinible.

Más no por eso se entienda que renunciemos al estudio de los elementos hoy reconocidos, ni que apasionados de las antiguas doctrinas desconozcamos las ventajas de la nueva. Antes bien queremos que nuestros lectores las

conozcan ambas, y admiren el rápido vuelo que de poco tiempo á esta parte ha experimentado la ciencia que nos ocupa.

JUAN CUESTA.

LA MÁSCARA NEGRA.

—Entre una mujer hermosa y otra que ha dejado ya de serlo, media tan solo un punto, decia hace algunas noches la señora de Mendoza á sus tres queridas hijas, mientras estábamos todas haciendo labor al lado de la chimenea.

—Harta desdicha es esa, exclamó vivamente Carolina, la mayor de las tres, y bien dicen que nuestra condicion es muy triste, cuando la naturaleza nos condena á perder, casi al instante, nuestro único atractivo.

—Único atractivo, Carolina?

—Único, sí! Por mas que nos prediquen nuestros preceptores, por mas que nos pinten con palabras halagadoras la existencia de las cualidades del alma, no es menos cierto que en la práctica todas esas pomposas quimeras se reducen á humo, y que tan solo la belleza, por mas frágil y pasajera que sea, empuña el cetro de la tierra.

—Si me hablas de los triunfos que se alcanzan en los salones, respondió su madre, quizás suceda así; pero créeme que esos triunfos son efímeros como la causa que los produce, mientras las dotes del alma y de la inteligencia van agrandando cada día el círculo de su imperio. Pero no quiero hacerte reflexiones: estas las has leído en cien libros de moral, y según veo no han logrado convencerte. Mas persuasivo es un solo ejemplo que muchas disertaciones: te pondré pues un ejemplo, pero como los personajes de otros tiempos nos parecen personajes distintos de nosotros, lo buscaré entre aquellos que nos rodean. Y aunque podría citarte esas mil sirenas de salon, que pasan su

corta juventud rodeadas de una corte de esclavos, y su larga vejez escarnecidas y pisoteadas, teniendo en lugar de centro, de hogar y de familia, su ciega vanidad y el amargo recuerdo de aquellos triunfos que jamás han de volver; aunque podría aducirte con pruebas que esas flores, desfloradas antes de tiempo, si hallan marido, como ha de ser frívolo y vano, espían con lágrimas de sangre sus sonrisas anteriores; aunque podría mostrarte de todo esto mil lastimosos ejemplos, me contentaré con referirte una anécdota reciente, cuyos héroes te aseguro haber conocido, á pesar del misterio con que quieren rodear su peregrina aventura: escucha.

A principios del pasado Carnaval, llegó á esta corte una jovencilla, llamada Adela, que jamás había salido hasta entonces de un risueño valle de Cataluña, en donde había abierto los ojos á la luz del día.

No te diré si era bella, solo puedo asegurarte que, amable é instruida, su conversacion era seductora, y que las cualidades de su alma igualaban al hechizo de sus palabras.

Pero no pensaba, como tú, que la belleza constituía el único atractivo de su sexo; ella, cuya alma era tan pura, cuyo talento estaba adornado con tan útiles y diversos conocimientos, creía, y con justicia, que deben pesar algo mas en la balanza del mundo

las dotes adquiridas á costa de mil incansables esfuerzos, que aquellas que la casualidad nos ha otorgado. En este mundo, hija querida, todos nos quejamos de amargos desengaños, y nos quejamos sin razon. ¿Te parecería sensato el jardinero que se empeñase en que los cardos produjesen bellas rosas? Pues bien, ¿qué culpa tiene la sociedad de que no coloquemos acertadamente nuestro afecto, y queramos sembrar amor en un corazon pervertido? ¿No es lógico, no es casi imprescindible, que ob-

tengamos perversidad por fruto?

Si tú, con tu alma dulce, cándida y modesta, aceptas los obsequios de esos fátuos de salon, de esos hombres, ó mas bien mujercillas despreciables, cuyo único norte es la vanidad, cuyo único estímulo es el placer, ¿qué extraño será que te veas engañada y es-



La máscara negra.

carnecida? Pero busca un hombre honrado, un alma sensible y buena, y no temas, Carolina, no temas consagrarle tu existencia, porque éste sabrá distinguir lo verdadero de lo falso, lo útil de lo supérfluo, lo eterno de lo perecedero.

Así pensaba Adela, y los sucesos la demostraron que pensaba bien.

El deseo de abrazar á una hermana suya, casada, la había traído á Madrid, precisamente en esa alegre época del año, y no fué poco su embelesamiento al hallarse transportada, casi sin transición, desde su tranquila aldea á los lujosos bailes de máscaras que se dan en el Teatro Real, convertido aquella noche en un fabuloso paraíso lleno de luces y armonías.

Sin embargo, la misma extraña novedad del espectáculo que se ofrecía á su vista, y aquella bulliciosa algazara acabaron por aturdirle, y casi desfallecida, tuvo que rogar á su hermana que la acompañara al salón de descanso.

La casualidad hizo que también se hallase allí un joven, que quizás estaba aturrido como ella, y que como ella necesitaba aire para respirar.

Empezaron por hablar de cosas indiferentes, y en breve se estableció entre ellos tan buena armonía, que al espirar el último acorde de la orquesta, se sorprendieron dolorosamente al ver que había llegado ya la hora de separarse. Pero no lo hicieron sin prometerse que se buscarían en los próximos bailes, y, cosa extraña, ambos cumplieron su promesa.

Las conversaciones de Adela eran amenas é instructivas; sus confidencias llenas de ternura y sencillez; el joven perdió la razón, y su solo anhelo fué ya el contemplar su semblante. En vano la máscara le repetía, como todas, que su deformidad destruiría su ilusión; el enamorado mancebo no concebía que pudiese ser feo un rostro tras el cual se ocultaba un alma tan pura y tan hermosa.

Pero si él se sentía cautivado por las gracias de la mascarita, no estaba menos interesada por él la dulce Adela. El joven la había dicho que se llamaba Mauricio, y que huérfano hacía muchos años de padre, había logrado, tras infinitas penalidades, alcanzar una plaza en el escritorio de un comerciante. Con la modesta retribución que éste le daba, sostenía á su anciana madre, á la cual consagraba toda su existencia.

—Ah! decía con una dulzura inefable, si yo hallase una esposa dulce y modesta, mi madre la recibiría en sus brazos como á una hija querida, y aunque yo no pudiese ofrecerle muchas riquezas, la daría todo el tesoro de amor que guardo dentro de mi pecho; viviríamos los tres en uno y seríamos muy felices, porque nunca faltan placeres cuando el cariño y la mutua estimación tienen establecido su trono junto al hogar doméstico.

Así las cosas, y como las horas felices tienen alas,

se alejaron rápidamente, dejando su lugar á la hora funesta, última del placentero Carnaval.

Mauricio se había lisonjeado hasta entonces de vencer la obstinación de su ídolo; pero ni aun en aquel momento supremo, sus lágrimas y sus ruegos pudieron hacer desaparecer aquella ligera seda, tan inespugnable para él como lo fueron los muros de Sebastopol para el ejército aliado.

Para colmo de desdicha, supo que su adorada debía partir de Madrid al día siguiente, y por única gracia consiguió que le dijese la hora de su marcha, y le prometiese que allí le dejaría ver su semblante.

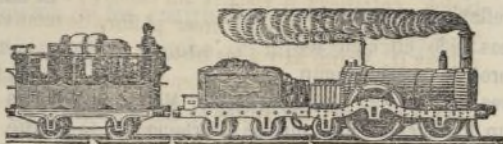
Os he dicho ya que el joven estaba loco, y no necesito pintaros la impaciencia con que contaría los minutos de aquella interminable noche. Tan febril era, que casi estuvo por arrojarle del balcón de su cuarto, para ir á besar los alegres pajarillos cuando saltando de rama en rama saludaron la aparición del nuevo día. Entonces corrió á la Estación del ferrocarril de Aranjuez, y allí permaneció consultando ávidamente todos los rostros, espionando todos los movimientos, estremeciéndose al eco de todas las voces, en las cuales creía reconocer la de su amada. Inútil expectativa!

Sonó la fatal campana, y todos los viajeros se abalanzaron á los coches. Entonces en medio de aquel torbellino, en medio del vértigo que oscurecía sus ojos, oyó un dulcísimo adiós, pronunciado por una voz arrobadora. Vió flotar un pañuelo blanco en una de las ventanillas, quiso devorar con sus miradas la persona que lo agitaba, mas ah! en aquel instante un silbido resonó en sus oídos como la trompeta del juicio final, y la locomotora emprendió rápidamente su marcha, dejando en pos de sí una columna de humo, que se desvaneció en los aires como la esperanza del amante joven.

Éste solo volvió en sí al oír la voz de un hombre que le presentaba un papel, asegurándole que le habían arrojado á sus pies desde uno de los coches. El papel contenía estas solas palabras: *El año que viene, en los bailes del Teatro Real.*

(Se concluirá.)

ANGELA GRASSI.



MADRID EN 1862.

CARTAS Á UNA NIÑA.

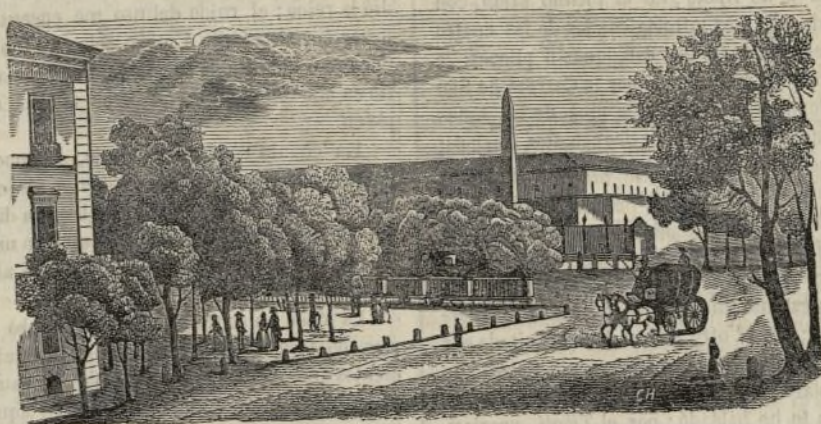
V.

Por mas que el hombre, mi querida Jenny, procure concentrar en torno suyo, en las populosas ciudades, todos los refinamientos del lujo y de una vida artificial, nunca puede olvidar hasta tal punto la naturaleza, su primera madre, que no desee tener cerca de sí árboles que le presten su protectora sombra, flores que le embriaguen con su aroma, un espacio despejado donde poder respirar el puro ambiente y esplayar la vista en el azul del cielo. Por eso en las grandes capitales que carecen de una vegetacion lo-

cercado de grandes bosques, y sus pequeñas cuestras y ondeadas lomas cubiertas de verdura y arbustos, con abundante caza; pero á medida que Madrid se fué ensanchando, las grandes necesidades de su poblacion consumieron toda esta riqueza natural y quedó devastado todo el terreno. Ha sido, pues, preciso que desde el tiempo de Carlos III, que hizo plantar mas de dos millones de árboles, el arte haya sustituido á la naturaleza, creando en Madrid hermosos jardines y paseos.

Entre todos ellos, el primero, sin duda, y que goza de una reputacion general es el del *Prado*.

Era este en lo antiguo un prado, como lo indica su nombre; pero natural, sin cultivo, lugar ocasionado á amorosas citas y á caballerescos desafíos, hasta que reinando Carlos III y siendo ministro el conde de Aranda, se le dió la forma que hoy poco mas ó menos conserva, siguiendo el plano que presentó don José Hermosilla.



Entrada al Prado por la Carrera de San Gerónimo.

zana en sus cercanías, como sucede á Madrid, por ejemplo, ha sido necesario crear paseos, aun á costa de grandes dispendios y venciendo todo género de dificultades.

El cielo de Madrid es despejado y puro como pocos; pero su terreno árido, seco y desnudo de vegetacion, entristece la vista. Y sin embargo no fué así en lo antiguo, si hemos de creer al libro de montería del rey D. Alonso XI y á los historiadores que se han ocupado de la Villa y corte, como Gonzalo Fernandez de Oviedo, Quintana Dueñas, Gil Gonzalez y otros, algunos de los cuales merecen la fé de testigos de vista, y cuyas obras he podido consultar en la biblioteca de mi hermana. Parece, segun ellos, indudable que al establecerse en Madrid la corte, estaba el pueblo

Hoy presenta largas y hermosas calles de árboles, con plazoletas, bancos y faroles, un estenso paseo para los carruajes y caballos, y un soberbio salon de 1450 piés de largo por 200 de ancho. Este es el paseo obligado de la sociedad elegante de Madrid, que concurre á él á diferentes horas, segun las estaciones: ya en medio del día, cuando los frescos dias de invierno hacen desear los tibios rayos del sol; ya por las tardes, en las templadas de Primavera y Otoño, y ya, en fin, por las noches, en las calurosas de Estío, ora paseando á la clara luz de los faroles de gas, ora sentándose en las sillas de hierro que hay á este efecto, y formando corros y tertulia al aire libre.

Este salon se estiende desde la calle de Alcalá á la Carrera de San Gerónimo, en cuyas esquinas respec-

tivas se hallan los palacios del marqués de Alcañices y duque de Villahermosa, y en todo el espacio intermedio y aun á lo largo de toda esta parte de la población, que limita el Prado, se están construyendo continuamente magníficos palacios y elegantes casas.

Al otro lado del salón y del paseo de los coches, hay otra calle de árboles que se denomina paseo de los Mártires, porque está inmediato á la columna del *Dos de Mayo*. Este monumento dedicado á la memoria de las víctimas que fueron sacrificadas en aquel sitio en igual fecha del año de 1808, se terminó en 1840 por los planos del arquitecto mayor de Palacio, Don Isidro Velazquez, y se compone de tres cuerpos y un esbelto obelisco, de 52 piés de alto. Una verja de hierro colado circuye el monumento, donde todos los años se celebra una gran fiesta nacional.

Este monumento contribuye á adornar el Prado no menos que las hermosas fuentes que tiene repartidas en su centro este paseo. La primera es la de *Cibeles*, á la entrada por la calle de Alcalá, en la que se vé á esta diosa sentada en un elevado carro tirado por dos leones; sigue la de *Apolo*, en el mismo salón, con una estatua de este dios mitológico, las de las cuatro estaciones, escalinatas y dos estanques ó pilones; la de *Neptuno* se halla á la entrada por la Carrera de San Gerónimo, donde se ostenta este dios de las aguas sobre una concha conducida por dos caballos marinos; las *cuatro fuentes*, enfrente del jardín botánico, compuestas de niños que estrechando el cuello á unos delfines les obligan á arrojar el agua, y finalmente, la de la *Alcachofa*, á la entrada por la calle de Atocha.

Te he dicho que el Prado estaba limitado por una parte por una estensa línea que se va llenando de hermosos palacios; por el otro lado se halla limitado por los jardines del palacio de San Juan, en el Retiro, de que ya te hablaré; por el monumento del *Dos de Mayo*, de que ya te he hablado; por el *Tíboli*, preciosa posesión, que parece una villa italiana, y que hoy se encuentra convertida en una fábrica de chocolate; por el hermoso edificio del Museo de Pinturas, delante del cual se está plantando un lindo jardinillo y, últimamente, por la verja que le separa del jardín botánico.

Este jardín, formado por orden de Carlos III, es también un lindo paseo de verano con su jardín zoológico, cascadas, bosquetes, estenso emparrado, árboles de especies no comunes y gran copia de variadas flores.

Se hace tarde para el correo y concluyo esta carta: en otra seguirá hablándote de los paseos y jardines de Madrid tu

SARA.



LAS TRES HILANDERAS.

[Cuento de Grimm.]

Allá en aquellos tiempos habia una jóven muy Perezosa que no queria hilar. Su madre se incomodaba mucho; pero no podia hacerla trabajar. Un dia perdió la paciencia de manera que llegó á pegarla, y su hija se puso á llorar á gritos. En aquel momento pasaba por allí la reina, y oyendo los sollozos, mandó detener su coche y entró en la casa preguntando á la madre porqué pegaba á su hija con tanta crueldad, que se oían en la calle los lamentos de la niña. La mujer, avergonzada, no quiso contarla la pereza de su hija, y la dijo:—No puedo hacerla que suelte el huso ni un solo instante, quiere estar hilando siempre, y yo soy tan pobre que no puedo darla todo el lino que necesita.

—Nada me gusta tanto como la rueca, la respondió la reina; el ruido del uso me encanta, dejadme llevar á vuestra hija á mi palacio, yo tengo lino suficiente é hilará todo lo que quiera. La madre consintió en ello con el mayor placer, y la reina se llevó á la jóven.

En cuanto llegaron á palacio, la condujo á tres cuartos que estaban llenos de arriba abajo de un lino muy hermoso.—Hírame todo ese lino, la dijo, y cuando esté concluido, te casaré con mi hijo mayor. No te dé cuidado de que seas pobre, tu amor al trabajo es un dote suficiente.

La jóven no contestó, pero se hallaba en su interior consternada, pues aunque hubiera trabajado trescientos años sin dejarlo desde por la mañana hasta por la noche, no hubiera podido hilar aquellos enormes montones de estopa. De que se quedó sola, echó á llorar y permaneció así tres dias sin trabajar nada. Al tercero, vino á visitarla la reina y se admiró de ver que no habia hecho nada; pero la jóven se escusó alegando su disgusto por verse separada de su madre. La reina aparentó quedar satisfecha con esta excusa; pero la dijo al marcharse.—Bien, pero mañana es necesario empezar á trabajar.

Cuando se quedó sola la jóven, no sabiendo qué hacerse, se puso á la ventana. Estando allí vió venir tres mujeres, la primera de las cuales tenia un pié muy largo y muy ancho; la segunda un lábio inferior tan grande y caído, que la pasaba y cubría por debajo de la barba; y la tercera el dedo pulgar muy largo y aplastado. Se colocaron delante de la ventana dirigiendo sus miradas al interior del cuarto, y preguntaron á la jóven lo que queria. Refiriólas su disgusto y la ofrecieron ayudarla.—Si nos prometes, la dijeron, convidarnos á tu boda, llamarnos primas tuyas sin avergonzarte de nosotras y sentarnos á tu

mesa, hilaremos tu lino y concluiremos muy pronto.

—Con mucho gusto, las contestó, entrad y comenzareis en seguida.

Introdujo á estas tres estrañas mujeres é hizo un sitio en el primer cuarto para colocarlas, poniéndose en seguida á trabajar. La primera hilaba la estopa y hacia dar vueltas á la rueda; la segunda mojaba el hilo, la tercera le torcía y le apoyaba en la mesa con su pulgar, y cada vez que pasaba el dedo echaba al suelo una madeja del hilo mas fino. Siempre que entraba la reina, escondia la jóven á sus hilanderas y la enseñaba lo que habia hecho, llenándose la reina de admiracion. En cuanto estuvo vacío el primer cuarto pasaron al segundo y despues al tercero, concluyendo en muy poco tiempo. Entonces se marcharon las tres jóvenes diciendo:

—No olvides tu promesa, que no tendrás de qué arrepentirte.

Cuando la jóven enseñó á la reina las piezas vacías y el hilo hilado, se fijó el día de la boda. El príncipe estaba admirado de tener una mujer tan hábil y trabajadora, y la amaba con ardor.—Tengo tres primas, le dijo, que me han hecho mucho bien, y á las que no quiero olvidar en mi felicidad: permítidme convidarlas á mi boda y sentarlas á nuestra mesa.

El príncipe y la reina no la pusieron ningun obstáculo. El día de la boda llegaron tres mujeres magníficamente ataviadas, y la novia les dijo:

—Bien venidas seais, queridas primas.

—Oh! exclamó el príncipe, tienes unas parientas bien feas.

Dirigiéndose despues á la que tenia el pié ancho. —De qué tienes ese pié tan grande? la preguntó.

—De hacer dar vueltas á la rueda, le contestó, de hacer dar vueltas á la rueda.

A la segunda.—De qué tienes ese lábio tan caído?

—De haber mojado el hilo, de haber mojado el hilo.

Y á la tercera.—De qué tienes ese dedo tan largo.

—De haber torcido el hilo, de haber torcido el hilo.

El príncipe, asustado al ver aquello, juró que desde allí en adelante no volveria su esposa á tocar la rueda, librándola así de esta odiosa ocupacion.

(Traducido del original.)

JOSE SANCHEZ BIEDMA.

LA ZORRA Y LOS GANSOS.

La zorra fué una vez á una pradera donde habia una manada de hermosos y gordos gansos, y les dijo riéndose: Vengo como llamada, estais muy bonitos

todos juntos y quiero comerme uno trás otro.—Los gansos asustados comenzaron á chillar, á saltar y lamentarse, y la pidieron humildemente la vida. Pero la zorra, que nada queria oir, les dijo:—No perdono á ninguno, todos debeis morir.—Mas al fin se le ocurrió decir á uno de ellos.—Ya que debemos dejar nuestra tierna vida, ¡nosotros pobres gansos! permiténos al menos hacer una oracion para que no muramos en pecado, despues nos colocaremos en fila para que puedas elegir el mas gordo.—Os lo concedo, contestó la zorra, es una peticion muy justa, orad, y esperaré mientras tanto.—Entonces comenzó el primero una oracion muy larga, diciendo siempre, ¡gá! ¡gá! y como no queria acabar, no aguardó el segundo á que le tocara su vez, sino empezó á cantar ¡gá! ¡gá! Le siguieron el tercero y el cuarto y pronto se pusieron á cantar todos juntos.

(Cuando acaben, se concluirá el cuento, pues desde entonces continúan siempre cantando.)

LOS BUENOS VECINOS.

Un hijo de un molinero se acercó demasiado á un arroyo y cayó dentro. Un herrero que vivia al otro lado del arroyo, lo vió, se tiró al agua, sacó al niño y se le llevó á su padre.

Un año despues estalló un incendio durante la noche en la herrería. La casa estuvo rodeada por las llamas, antes de que lo notase el herrero, que se salvó con su mujer é hijos; mas por desgracia con la priesa y el terror se olvidó de una niña pequeña que estaba en la cuna.

La niña comenzó á gritar dentro de la casa incendiada, pero nadie se atrevia á sacarla. Mas de repente llegó el molinero, saltó en medio de las llamas, sacó á la niña y la puso en los brazos del herrero diciendo: Gracias á Dios que me ha dado ocasion de manifestaros mi reconocimiento! Sacásteis á mi hijo del agua, y yo con la ayuda de Dios he salvado á vuestra hija del fuego.

(Traducido del original aleman.)

LABORES.

Las labores de *crochet* adquieren cada dia mayor favor, y como no puede haber efecto sin causa, fuerza es reconocer que la que da á los trabajos de *crochet* la importancia que hoy tienen, es la mucha aplicacion de esta labor, su infinita variedad y su poco coste, que la pone al alcance de todas las fortunas. Por

doloroso que sea confesarlo, hasta en la laboriosidad de una señorita toman parte activa los recursos de que puede disponer, y hay labores que nunca pueden ocupar los ócios de una joven modesta, quedando reservadas á las de elevada posición: tantas son sus exigencias.

Las de *crochet*, por el contrario, son tan modestas como lindas, y podríamos decir que reúnen en sí todo lo bueno y ninguno de los inconvenientes de las otras labores. Esta es la razón de que de ella se ocupen las señoras de todas las clases y condiciones, y que se estén inventando sin cesar nuevos tejidos y combinaciones sin mas auxilio que el de una aguja de gancho y un poco de algodón, estambre ó torzal.

El modelo que hoy ofrecemos es un almohadon de *crochet Tunisien* ú oriental, tejido de *crochet* enteramente nuevo, que imita la riqueza de la tapicería sin tener su coste ni su importancia. El primer modelo presenta la labor empezada, y el segundo concluida. Su ejecución, como se advierte en el modelo primero, difiere de todas las de *crochet*, porque en esta se llevan todos los puntos en la aguja en lugar de uno, que es la marcha general.

Se principia por hacer una cadeneta de algunos puntos, no muchos, porque esta labor se compone casi siempre de tiras ó cuadros, y á la segunda vuelta se saca un punto por el primero de la cadeneta, y sin hacer otro en él ni soltarle, se saca otro por el segundo de la cadeneta, repitiendo la misma operación hasta llegar al fin de la cadeneta primitiva, lo que dará tantas presillas ó puntos en la aguja como aquella tiene: entonces se principia á retroceder, sacando un punto en cada uno que tiene la aguja hasta terminarlos todos, en cuyo caso vuelve á comenzarse la operación de la segunda vuelta, esto es, de ir tomando de nuevo todos los puntos en la aguja. La vista del grabado ayudará á comprender esta explicación.

Esta combinación de puntos da un tejido tan tupido, que sobre él se borda con la misma facilidad que sobre cañamazo, pudiendo reproducir en él cualquiera de los dibujos de este género. Ordinariamente se hace esta labor á cuadros ó tiras de dos colores, que se bordan encima á punto de tapicería con otro color que corte, y su destino es para almohadones, entredoses, tapetes, alfombras, cabás, etc.

Esplicado el *Crochet Tunisien* en general, falta solo explicar la labor de este punto que representa el grabado.

Se necesita para ella igual cantidad de estambre de dos colores, menor de estambre negro, y una aguja de *crochet* de madera ó marfil.

Principiase por hacer 25 puntos de cadeneta lisa, y á la segunda vuelta se va sacando un punto, en cada uno como queda explicado, pero se saca solo por los ocho primeros. Se retrocede haciendo un punto en cada uno, y á la vuelta siguiente se sacan

sobre estos otros ocho puntos, que van quedando en la aguja, y dos mas de los cinco primitivos, lo cual prolonga algo mas la vuelta. Así se van tomando en cada una dos puntos mas hasta cubrir los 25 puntos de la cadeneta primitiva: entonces se hace una vuelta (ó sean dos, porque en esta labor se cuenta por una la ida y la vuelta) con estambre negro, y se repite con el otro color otro rayo igual al anterior, cubriendo solo en la primera vuelta ocho puntos de la cadeneta negra, y á cada vuelta dos mas, con lo que irá dando forma al almohadon. Cuando se han hecho los rayos necesarios para la circunferencia que quiere dársele, se hace un almohadon de iguales dimensiones de percalina, y se le pone encima la labor que se acaba de ejecutar, y rematará una borla ó escarapela en el centro.

Puede, si se quiere dar mayor realce á esta labor, bordarse con sedas de colores en cada uno de sus rayos un ramo de tapicería. El conjunto del almohadon le presenta el modelo segundo de nuestro grabado.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Cenefa á la inglesa y minuto.*
- NÚM. 2. *Otra idem, bordada á feston.*
- NUM. 3. *Entredos bordado á feston.*
- NÚM. 4. *Otro idem á feston y pasado.*
- NUM. 5. *Cenefa bordada á la inglesa y minuto.*
- NÚM. 6. *Esquina á cadeneta para bordar un pañuelo de cachemir.*
- NÚM. 7. *Cuello bordado á feston y minuto.*
- NUM. 8. *Puño correspondiente.*
- NUM. 9. *Floreado, para bordar al pasado con torzal un pañuelo de merino. Todo el ramo debe ser de un solo color.*

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.